LA VOCACION SACERDOTAL

Leemos en el Evangelio de San Mateo 4,18-22 cómo "*Caminaba Jesús a orillas del lago de Galilea y vio a dos hermanos: Simón, llamado después Pedro y Andrés, que echaban las redes al agua, porque eran pescadores. Jesús les dijo: "Síganme y los haré pescadores de hombres". Los dos dejaron inmediatamente las redes y empezaron a seguirlo. Mas allá vio a otros dos hermanos: Santiago y Juan, que con Zebedeo, su padre, estaban en su barca zurciendo las redes. Jesús los llamó y ellos también dejaron la barca y al padre y empezaron a seguirlo*".

Así llamó Cristo a "los que Él quiso" de entre todos sus discípulos y los fue formando por tres años de una manera especial. Les fue dando órdenes y confiriéndoles sus poderes para llevar a cabo su obra de salvación.

Si hay una cosa clara en los Evangelios, es la intención precisa de fundar su Iglesia en los Apóstoles para santificar y salvar a la humanidad entera por la predicación de la Palabra de Dios y la celebración de los Sacramentos.

Tan magna empresa, obviamente, no terminaría con la muerte del último de los Apóstoles y así, ellos fueron comunicando sus poderes sacerdotales a sus sucesores por la imposición de las manos, como constatamos en los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de San Pablo.

Desde entonces, miles y miles de muchachos han sentido el mismo llamado a entregar su vida entera por la salvación de las almas. "El amor de Cristo nos apremia" decía San Pablo y esos hombres, inflamados por el amor a Dios, han llevado la Palabra de Salvación durante 20 siglos a todos los rincones de la tierra.

En el Documento del Concilio Vaticano II llamado "Presbiterorum Ordinis", se describe la misión del sacerdote: "Los sacerdotes contribuyen, a un tiempo, al aumento de la gloria de Dios y a que progresen los hombres en la Vida Divina" (P.O.2).
"Los presbíteros, tomados de entre los hombres para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, viven entre los demás hombres como entre hermanos" (P.O.3).

"Por su vocación y ordenación, los presbíteros de la Nueva Alianza son ciertamente separados en el seno del Pueblo de Dios, no para alejarse de él, ni de cualquier hombre, sino para que puedan consagrarse totalmente a la obra a la que el Señor los llamó" (P.O.3).

Pero ¿cómo llama Dios a un joven a su servicio? Tengamos presente que El toma la iniciativa y llama a quien quiere del modo que El quiere. Puede ser que el muchacho ve de pronto, con una lucidez total, que el sacerdocio es lo suyo. O bien puede suceder que la idea vaya colándose lentamente en su ánimo, como a través de una niebla que se despeja poco a poco. Algunos han sido llamados desde su más tierna infancia y jamás han pensado en otra cosa; otros al contrario, han tenido que superar dudas y tentaciones, altibajos y decepciones. Cada sacerdote podría decir el cómo de su llamado. Hermoso el testimonio de un sacerdote Marista que desde los siete años al ver a su cura párroco ya anciano, se dijo: "A su muerte yo tomaré su lugar"...

SIGNOS DE LA VOCACION SACERDOTAL

Como en el amor humano, en la vocación sacerdotal no hay reglas absolutas. Se puede, sin embargo, tener en cuenta algunos aspectos o rasgos generales que ayudan a discernir si un joven está siendo llamado por Dios o no.

1. **Vida en Gracia.**

Podemos decir que el fin último del ministerio sacerdotal es lograr que todos los hombres vivan en Gracia de Dios y así se salven eternamente, como lo indica el Concilio ya citado. Para eso vivió, murió y resucitó Jesucristo Nuestro Señor, para darnos Vida Eterna. Sería por tanto una contradicción pensar en dedicar la vida entera a este fin, desde una condición permanente de pecado mortal.

Los cristianos, auxiliados por los Sacramentos, debemos y podemos vivir permanentemente en Gracia. Es por eso que recibe el nombre de Gracia Habitual. Siendo frágiles cualquiera puede en un momento dado cometer un pecado mortal y verse así privado de la Vida Divina, pero eso sería la excepción. Un buen católico no tolera vivir en pecado y busca la Reconciliación con Dios en el Sacramento de la Penitencia lo más pronto posible.

Cuando un muchacho vive normalmente en pecado ya sea por vicios adquiridos o por decisiones equivocadas, como puede ser el tener una amante, no puede pensar en serio en el sacerdocio. Algunos grandes Santos han sido también anteriormente grandes pecadores, pero respondieron al llamado Divino convirtiéndose sinceramente dejando su condición de pecadores. San Agustín es un ejemplo clásico de ello.

2. **Gusto por las cosas de Dios.**

Muy raro sería que se manifestara una vocación en un muchacho tibio y desapegado. Por lo general, existe una inclinación, tal vez heredada y vivida en la familia, hacia lo religioso. Familias profundamente religiosas, donde Dios está presente, donde la oración es frecuente y la asistencia a Misa es gozosa y festiva, no es raro que se vean bendecidas con el llamado de alguno de sus hijos al estado sacerdotal.

El gusto por las cosas de Dios, a pesar del mal ambiente familiar, puede llegar súbitamente como un magnífico descubrimiento a partir de un encuentro con Cristo, por ejemplo en una Jornada de Vida Cristiana o un Retiro Espiritual. De pronto Dios es el personaje más importante en la existencia y todo lo que tenga que ver con El es maravilloso: Biblia, Sacramentos, catequésis, apostolado, parroquia, oración, obras de caridad, liturgia, etc... No es de extrañar, por lo tanto, que se diga: "Esto es lo mío" y piense en entrar al seminario.

3. **Capacidad intelectual.**

Cuando un joven ha podido terminar estudios equivalentes a la preparatoria o vocacional, está demostrando al menos dos cosas: cierta capacidad intelectual y haber tenido la disciplina suficiente para obtener un certificado. Podemos sospechar que los estudios sacerdotales no serán un obstáculo infranqueable. En el seminario se estudia mucho y por largos años. Por lo general son tres años de filosofía y cuatro de teología, aparte de un año de noviciado si el muchacho quiere pertenecer a una congregación religiosa. Es por eso que hacen falta tanto la inteligencia como la perseverancia. Los sacerdotes, al final de sus estudios, son tan profesionistas o más, que un licenciado, ingeniero o doctor. Ojalá los católicos remuneraran sus servicios pastorales al mismo nivel que pagan los servicios profesionales de un médico o un abogado...

4. **Equilibrio emocional.**

El ministerio sacerdotal y la vida misma en el seminario, van a someter al candidato a duras pruebas y presiones. Es por eso que se requiere de una estabilidad bien cimentada. Las personas frágiles, volubles, en extremo emotivas, desequilibradas, no son aptas para el sacerdocio y tal vez ni para el matrimonio. Cuando se tiene sobre los hombros la responsabilidad de una parroquia o la dirección de una escuela, cuando los problemas de la gente llegan por todos lados, cuando hasta las tentaciones acechan, es necesario poseer una ecuanimidad y un dominio de sí a toda prueba. Una persona sin esas cualidades será un problema permanente tanto en el seminario como ya en la vida ministerial.

5. **Vida de castidad.**

Relacionada con la estabilidad emocional viene la capacidad de vivir en castidad

perfecta. Desde el siglo IV (386) el Papa Siricio hizo ley Eclesiástica lo que ya se venía practicando desde mucho antes: el celibato sacerdotal. Muchos cristianos, siguiendo el ejemplo de San Pablo, permanecían en el celibato para poder dedicarse completamente al servicio de Dios (I Cor.7,32-35).

En un mundo sexualizado al máximo, en donde se concede un valor absurdo e indiscutible a la actividad sexual, sea del tipo que sea, el voto de castidad parece una locura incomprensible. El mismo Señor Jesús apuntó tanto la grandeza de la castidad "por el Reino de Dios", como la incomprensión del mundo hacia esa actitud (Mt. 19,12).

Muy en contra de lo que nos bombardean los medios masivos de comunicación, la obligación de la castidad es absoluta para los solteros ("No fornicarás") y aún los casados deben comportarse dentro de su matrimonio según la ley de Dios en lo que podemos llamar "castidad matrimonial".

El candidato al sacerdocio es invitado a continuar viviendo la castidad del célibe cristiano, permanentemente, por el Reino de los Cielos. Si ya desde joven ha comprobado tristemente que no le es posible la continencia, debe antes de atreverse a emitir el voto de castidad, comprobar que ha superado esa debilidad y puede en el futuro ser fiel a su promesa.

El voto de castidad hace del sacerdote y del religioso, no solamente un hombre libre de las cargas inherentes a la vida de familia, sino también un signo impactante para el mundo, de los valores trascendentales del Reino de Dios. El que un hombre renuncie a una cosa tan de acuerdo con la naturaleza humana, como es formar una familia, supone un acto de fe formidable en la Vida Eterna de la Gloria. El sacerdote es una flecha que apunta hacia el más allá y nos dice que las realidades temporales, por legítimas que sean, no son las definitivas, no son las más importantes. Poder sacrificar el presente como los mártires por el Reino de los Cielos, es una gran señal para todo el mundo.

Es tal vez por eso que el sacerdote católico es un personaje permanente en novelas, películas y series televisivas. Es un hombre extraordinario, que motiva o molesta. Su celibato, el secreto de confesión, su fidelidad a su fe, lo hacen interesante de cualquier manera. Por desgracia no siempre aparece en las pantallas con veracidad. Los productores y autores son capaces de desfigurar totalmente la figura sacerdotal con tal de causar impacto: ni al Papa respetan.

En cambio los pastores protestantes no son noticia. Siendo como son hombres casados, cuando aparecen los vemos como buenas personas predicando su religión y sumergidos en todos los problemas que el matrimonio conlleva.

Es por estas razones y muchas otras, que la Iglesia no modifica la ley del celibato sacerdotal. Aunque muchos jóvenes no opten por el sacerdocio debido precisamente al reto que representa dicho voto, aunque haya de vez en cuando,

por desgracia, escándalos debidos a la debilidad humana, el celibato permanecerá vigente en la legislación eclesiástica aunque no sea mandamiento Divino. Más adelante, cuando tratemos de la Vida Religiosa, ampliaremos el tema del voto de castidad que también emiten los religiosos y las religiosas.

6. **Amor a la Iglesia.**

El sacerdote trabaja tiempo completo por el Pueblo de Dios: todas sus energías, proyectos, ilusiones, van encaminadas a la instauración del Reino de Dios en la tierra, extendiendo sus límites a los confines del mundo. En otras palabras, toda su vida en una apasionada entrega a la Iglesia.

Un muchacho que ha descubierto el proyecto de Dios, ama ya a la Iglesia y trabaja por ella en obras de apostolado desde su posición laical. No solamente medita directamente el Evangelio, sino que estudia asiduamente los documentos del Magisterio, tan importantes como aquél. Escucha atentamente la voz del Papa y del Concilio, se interesa en los acontecimientos eclesiales como pueden ser los viajes pastorales del Papa, las reuniones episcopales como el CELAM, etc... Es en otras palabras, un "hombre de Iglesia". Ingresar al seminario no sería sino un lógico paso en la entrega ya iniciada en su parroquia o en algún movimiento apostólico.

6. **Amor a la Eucaristía.**

Podemos decir que la cumbre del ministerio sacerdotal es la celebración de la Santa Misa. Es cuando un sacerdote es más sacerdote. Es cuando los poderes sacerdotales rayan en lo inaudito: ¡consagrar el pan y el vino para ofrecer al Padre la Víctima Divina y luego repartirla al pueblo fiel!
¿Cómo pensar en una vocación al sacerdocio que no tenga como meta la celebración de la Eucaristía? ¿Cómo podría existir una tal vocación en un muchacho que ni asiste a Misa ni comulga jamás? La intimidad con Jesús Eucaristía es uno de los signos más claros del llamado al sacerdocio. Pasar largos ratos ante el Sagrario, participar gustosamente en la Misa, comulgar no tan solo los domingos, sino a diario si es posible, sería lo más lógico en el proceso hacia el sacerdocio.

7. **Actividad Apostólica.**

Se ha mencionado que el candidato, por su amor a la Iglesia, participa en el apostolado. Del mismo modo como un chico que desea ser futbolista se pasa el día pateando pelotas y no pierde ocasión de jugar, el muchacho que es llamado al sacerdocio, se interesa por las obras de apostolado generosamente. Tal vez no lo reflexione ni se dé cuenta, pero el apostolado se convierte en el valor principal en su vida. Podemos decir que el celo apostólico es un signo y un camino de la vocación sacerdotal.